



QUE PUEDA ABRIR LA PUERTA PARA IR A JUGAR

Mariana Cervellini*

El trabajo clínico con niños nos lleva a pensar en los diferentes momentos de estructuración psíquica por los que atraviesan y por ende en las distintas intervenciones que como analistas, estamos convocados a dar en cada tiempo específico. Sabemos también que esa estructuración se da en una historia signada por otros, entonces, es necesaria la escucha de aquellos que consultan por un niño: ¿De qué niño hablan? ¿Quién es el niño? ¿Cuántos niños aparecen, emergen del discurso parental?

Soledad a los cuatro años llega a través de los dichos de su mamá, Marta, quien dice: "El problema de Soledad es que no habla bien, hay días que se le entiende algo, otros nada. También es un poco agresiva; como no le entienden lo que dice, pega. A veces la 'fajo' porque es caprichosa, no hace caso". Mediante un confuso discurso materno, la historia de Soledad comienza a desplegarse ante mi escucha.

Soledad es hija de Jorge, de cuarenta y cinco años, empleado en una casa velatoria, y de Marta, de treinta y cinco años, "dedicada exclusivamente a sus hijos": Pablo, de diecisiete años (con problemas de aprendizaje), Laura, de nueve años ("la más viva"), Soledad y José, de un año.

Marta queda embarazada a los diecisiete años; cuando se entera se pelea con Jorge porque pensaba que iba a tener problemas en su casa: "Mi papá nunca me quiso, me hizo la vida imposible hasta que murió". Unos meses después de la pelea, se reconcilian y se van a vivir a la casa de la suegra de Marta.

Marta –que estaba cursando tercer año del secundario– abandona porque

* Licenciada en Psicología. Alumna de la Carrera de Especialización en Psicoanálisis con Niños de UCES.



“perdió la memoria, tenía la mente en blanco”. Si la verdad material con la que se encuentra un niño es la verdad histórico vivencial de los otros, aquello que los otros le devuelven del mundo y de él mismo, ¿qué sucede cuando los acontecimientos histórico-familiares son barridos, no inscriptos en el psiquismo parental?; lo que se transmite a Soledad, ¿es la ausencia, un agujero producto de aquel dolor imposible de ser ligado?

Muchos momentos primigenios de la vida de Soledad parecen no haber sido registrados por su mamá. Insistentes: “todo normal”, “todo bien”, se presentifican como formas de sostener la desmentida. Nombra dos situaciones que recuerda de Soledad pero restándole importancia: falta de atención médica neonatológica y meses después la ausencia de la mirada dirigida a su mamá. Dice que su hija dormía mucho, no se movía como otros bebés. “En esa época, Soledad era bárbara... no me daba nada de trabajo, lloraba poco, casi ni se movía”. ¿Había contexto para quien los movimientos, el llanto de Soledad fueran importantes? Tal como lo demuestran los casos de “hospitalismo”, no alcanza con alimentar, bañar al bebé, tratar de que no enferme. Es necesario que otro pueda procesar, filtrar los desbordes intrasomáticos.

Hubo una derivación hecha por la pediatra a Estimulación Temprana, donde Soledad concurre desde los 9 meses hasta los 3 años. Allí le piden la realización de una serie de estudios clínicos-diagnósticos que no terminan porque la mamá cree que: “Soledad no tiene nada orgánico, yo la conozco bien y sé que lo que tiene es un problema de maduración, Soledad es inmadura y punto”.

El papá de Soledad no concurre a las distintas invitaciones hechas por mí; Marta lo justifica: “Mi marido trabaja todo el día, tiene problemas con los horarios; pero no importa, igual la que está todo el día con ella y la que más la conoce soy yo...”. Intervengo señalando lo difícil que le habrá resultado a ella criar a su hija en medio de tanta soledad. Marta puede así conectarse con su sufrimiento, con sus vivencias anteriores y actuales. Al igual que Soledad, que pega y es pegada, Marta carga una infancia llena de golpes; su papá (alcohólico) maltrataba a su señora y a sus hijos, la abuela materna también lo hacía, determinando que a golpes sus nietos “iban a entender”. Posteriormente recibe golpes de su marido y su suegra.

Durante el embarazo de su último hijo permaneció 4 meses separada de Jorge. “No me separé porque me pegaba, lo hice porque me dijo delante de los chicos que era mala madre, y esa palabra... que empieza con p... puta, cualquier cosa menos eso: mala madre y puta, no”.



Del embarazo de Soledad no recuerda nada, del parto sólo que la atendió una partera porque los médicos estaban de paro. No hay recuerdos ligados al afecto, a la ternura; dice: "Estuve yo sola... los médicos ni me fueron a ver para saber cómo estaba". Le pregunto por Soledad: "No me acuerdo, creo que pasaron como dos o tres horas hasta que un médico la vio".

Soledad encuentra en su nacimiento un desencuentro, desencuentro con una mamá que reclama lo que ella misma necesita: asistencia. Aparece en Marta una niña incapaz de ser sostén de su hija porque es ella quien necesita ser sostenida, acunada, hablada.

Espacio terapéutico: ¿lugar de un "otro" despertar?

Cuando conozco a Soledad me saluda efusivamente como a una persona muy conocida. ¿No hay discriminación entre familiar y extraño?

Entra al consultorio como un torbellino imparable, arrasando con todo lo que encuentra en su camino: lápices, hojas, cuadernos. Un "no" reiterativo es lo primero que hace escuchar, pero es un "no" que no funciona como límite, como ordenador, por lo que tiene que repetirlo innumerables veces, se trata de un "no" en acto.

No quiere que su mamá hable, tapa sus oídos con las manos o se retira a la sala de espera cuando lo hace. Marta sanciona: "lo hace para llamar la atención, son caprichos. Hay días que la encierro en el baño, a mí no me va a ganar. Es tan inquieta, no para un minuto. Yo no sé de dónde saca esa fuerza; me agota".

Me pregunto contra qué es la lucha. ¿Algo de lo propio y rechazado en la madre retorna en esta hija? Soledad, ¿intenta con el despliegue motor demostrar que está viva, con un papá en constante retirada, desbordado por el trabajo en la casa velatoria y una mamá que sanciona a otra hija como "la más viva"?; ¿cuánto de mortífero insiste en Soledad, quién se resiste por medio de su motricidad?

Marta dice que Soledad en la casa no juega, por esa razón (y siguiendo la sugerencia de un otorrinolaringólogo que vio a Soledad en la época que asistía a Estimulación Temprana), la manda al jardín de infantes. "El médico me dijo que la mandara al jardín aunque no hiciera nada, estar con chicos la despertaría". ¿De qué despertar se trataba? ¿Despertar de afectos, de una subjetividad negada?



Ante la escasa atención institucional posible de una vez por semana, ofrezco a Soledad una "muñeca-flor" para que la lleve a su casa. La mamá cree que es de gusto, ya que no juega con muñecas. Sostengo la necesidad de que probemos y señalo la importancia de que sea de uso exclusivo de la niña. Tiempo después, Marta sonriéndose dice que Soledad ensucia la muñeca, le pinta la cara. Le digo que parece que empezó a jugar; "lo hace porque imita a la hermana, que juega con sus muñecas", responde la madre desestimando de este modo que Soledad tenga una iniciativa propia.

El movimiento desenfrenado de Soledad en el consultorio comienza a acotarse al encontrarse con ciertos objetos que se recortan como privilegiados a lo largo del tratamiento, primero descubre la pelota, con un recorrido que va de la exigencia corporal hacia mí para que se la diera (me tomaba del brazo y me llevaba hacia donde permanecía guardada), hasta la demanda cuando pudo hacerla "¿ónde está elota?". Jugamos a patearla; en ciertas circunstancias grita goles que aún no hizo o no llegué a hacer.

Luego encuentra la llave de luz, la que acciona varias veces en medio de otras secuencias de juego. Lo hace esperando mis exclamaciones de "ahí está la luz-ahora no está, se fue"; cuando mi respuesta se hace esperar, Soledad ordena: "che, che, che mirá". Pero sin dudas es el espejo que hay en el consultorio el objeto que va tomando una relevancia cada vez mayor. Soledad se sienta delante, me indica que me siente a su lado y pregunta: ¿cómo se llama esto?, señalando las distintas partes del rostro y repitiendo mis respuestas luego. También frente al espejo canto distintas canciones, demuestra especial interés por "las manitos", sonrío cada vez que la cantamos, aplaude y volvemos a empezarla. Jugamos frente al espejo con la condición de que la imagen mía quede reflejada en él; si quedo fuera Soledad se enoja, comienza a darme puñetazos y patadas, "¿por qué sos mala, Soledad?" se pregunta; le digo que Soledad no es mala, que sólo está enojada pero que no puede hacerse mal o hacerme mal golpeándose.

Me pregunto qué es lo que está en juego en el uso del espejo. La imagen de mi cuerpo, más aún, mi mirada en el espejo: ¿es garante de la existencia de su imagen?, ¿de su ser?

Pienso que los trastornos que presenta Soledad indican fallas en la constitución de ligaduras que inhiban el desborde pulsional, la descarga masiva. Por eso mis intervenciones apuntan a nombrar afectos, a diferenciar su cuerpo del mío, delimitando espacios, conteniendo cuando estalla en llantos y pataleos, calmando.



En una sesión, Soledad llora frente al espejo, se recuesta en el piso y señala su espalda, sin saber muy bien qué hacer comienzo a palmearla mientras tarareo una canción de arrorró. Poco a poco el llanto va cediendo. "¿Por qué? ¿Por qué?", pregunta, luego deja de llorar y secándose las lágrimas por primera vez me nombra y me dice: "¿vamos a 'jubar', Marana?". Se levanta y va a buscar la caja de juegos. Después de unos instantes de sorpresa, voy al lugar que Soledad eligió para jugar. Vacía la caja, coloca uno a uno los juguetes dentro, numerándolos precariamente. Me pide que haga lo mismo. Encuentra un auto con un cordel atado, lo toma para arrojarlo lejos, luego se detiene en una muñeca a quién llama "mi bebé", intenta desvestirla, me pide ayuda. A partir de aquí y ante momentos de mucho dolor, Soledad se recuesta en el piso, yo voy a su lado a palmear su espalda, cuando se calma entonces podemos "jubar". Jugamos con la caja de juguetes, hace desaparecer mi rostro dentro de ella, luego con alegría lo descubre ¿intento de hacer activamente lo sufrido pasivamente? También comenzó a jugar a que es un perro que me corre amenazante por el consultorio o es una mamá que cambia a su bebé y le da de comer: ¿esbozos de ocupar lugares identificatorios?

En sesiones posteriores, Soledad comienza a mirar hacia un costado, tengo la sensación de que escucha voces. Le pregunto qué sucede, qué le pasa, no dice nada pero el juego se interrumpe.

- ¿Qué escuchas?
- "Dicen cosas feas"
- ¿Cuáles?
- "Tonta, mala, loco de la cabeza" (es lo que entiendo de lo que me dice).

Miro yo también hacia el mismo costado, me dirijo a las voces diciéndoles que Soledad no es tonta, mala, ni loca de la cabeza y que la dejen tranquila, que estamos jugando. Soledad sonrío, parece aliviada. En otros encuentros gira su cabeza y me avisa: "Marana, dicen cosas", entonces intervengo y reanudamos el juego. En la actualidad no me avisa de las voces, pero aparecen frases como: "borracha, sos una borracha", "me pegó en la cabeza, está loco el José", "callate, vos no digas nada", frases que intento trabajar. Este año, Soledad comenzó primer grado en una escuela común. Marta y Jorge decidieron enviarla a una escuela diferente que el resto de sus hijos, porque suponían que no se iba a poder adaptar allí, va a una escuela con menor matrícula y con un aprendizaje si se quiere más personalizado. Desde entonces llega a sesión, me pide hojas y encabeza sus dibujos escribiendo el día y el mes. Para hacerlo me pregunta las letras asociándolas con al-



go: ¿L de Laura?, ¿M de mamá? A veces no espera mi respuesta, pero invariablemente antes aparecieron las preguntas. Después dibuja de manera precaria globos, pelotas o nenas a las que llama "nena de Marana", "nena de Soledad" y me pide que le haga un cuadradito en el que coloca la cantidad de dibujos que hizo. Cuando le aviso que nos volvemos a ver la próxima semana, que se terminó la sesión, Soledad se opone, dice que soy mala y que no se quiere ir, después me pide que me quede sentada hasta que llama a su mamá para mostrarle el dibujo, pero antes de que Marta pueda pasar cierra la puerta con el pasador, sonríe al escuchar que su mamá protesta y por lo general hace un bollo con el dibujo si la mamá lo halaga.

El equipo de docentes que trabaja con Soledad está pensando en iniciar el próximo año la integración con la escuela especial. Soledad iría a la mañana a talleres allí y a la tarde continuaría en su escuela.

Conclusiones finales, acerca de principios.

El trabajo con los papás de Soledad no es fácil, hay un papá con el que puede en tres años tener una sola entrevista y una mamá que a pedido de otras personas (pediatra, maestras) lleva a su hija a tratamiento y acude a las entrevistas por mí solicitadas, pero no sigue la sugerencia de tener su propio espacio terapéutico.

Beatriz Janin dice que: "con los padres se hace imprescindible ocupar el lugar de filtro, escuchando el sufrimiento que los desborda, hasta que el niño está en condiciones de construir sus propios filtros. Que puedan mediatizar sus pasiones, diferenciarse del niño y registrarlo como persona que siente, es la meta del trabajo con ellos".

Con Soledad muchos cambios se produjeron desde las primeras sesiones, por eso cada vez que escucho: "¿Vamos a 'jubar', Marana?", siento que todavía quedan por hacer innumerables jugadas...

Mariana Cervellini
marianacervellini@intercasares.com.ar